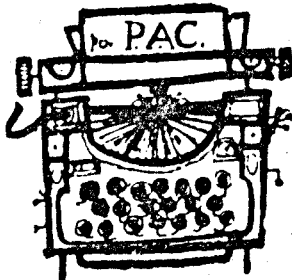


escrito a máquina

El campo
donde se juega
el sustento



Cuando subía a mi oficina de "La Prensa" una mujer me abordó con cara de desesperación. Mientras me explicaba las circunstancias de su necesidad me alargó un papel en que se leía esta sola frase: "Pobre de solemnidad". No sé si escribió estas palabras porque se le hacía duro pronunciarlas. A mí la frase —a pesar de ser tan antigua— me sorprendió como si la leyera por primera vez. Como si tuviera en mis manos la embarazosa tarjeta de visita de la miseria. ¡La pobreza solemne! ¡La marginación, la indefensión total! (Lo contrario de la sirena que precede al gran automóvil del gran señor que baja y entra, de impecable traje, entre inclinaciones y saludos). Solemne: "solus - annus": lo que se celebra sólo cada año. Lo que es acompañado por circunstancias notorias: pompa... o harapo; magnificencia... o hambre. Porque donde hay pobreza de solemnidad es que hay riqueza de solemnidad.

¿Qué me decía la mujer? —venía con un hijo agónico y en el hospital le dijeron que tal vez en "La Prensa" le podrían ayudar para adquirir sangre. —¿De dónde venía? —De una comarca rural del Departamento de Managua. —¿Por qué esa frase en el papel? —Su marido, me dijo, es dueño de una huerta y siembra en terreno alquilado. Con lo que gana de su siembra come la familia y vuelve a sembrar. Este año su economía se hizo polvo. No tiene para comer ni para sembrar. Lo que tiene es una deuda por el alquiler que no podrá pagar. Por lo tanto TIENE QUE PEDIR. Esto es lo que ella quiso decirme en su lacónico mensaje. Ha pasado a ser "pobre de solemnidad".

Por coincidencia esta semana me visitó un amigo agricultor, que escribe a veces sesudas colaboraciones para "La Prensa". Este hombre me dijo: —Yo no sé realmente qué están pensando los nicaragüenses que viven en las ciudades, sobre todo los de Managua: ¿es que no se han dado cuenta de lo que está pasando en el campo?

—Pues deberíamos por lo menos de sospecharlo —le contesté yo—, porque se han publicado datos verdaderamente alarmantes de los daños de la sequía.

—El campesinado de Nicaragua, salvo en algunas zonas que no fueron muy afectadas por la sequía, ha llegado a una situación límite —me dijo el agricultor—. Yo no recuerdo, ni tampoco recuerdan los más viejos, un año peor. Ya hay hambre entre mucha gente. ¿Y qué estamos haciendo?

El agricultor agregó: —Usted, conoce el ciclo del campesino pobre? El agricultor pobre cría sus cerdos, sus gallinas, recoge algunas frutas y hortalizas y con la venta de estas cosas financia la semilla y los gastos de las pocas manzanas que labora anualmente. Del producto de su cosecha (maíz, frijoles, trigo, y a veces arroz) una parte, la mayor, la vende y con eso compra las cosas que necesita para su vida, la otra parte, la menor, la guarda en sus trojes o en el techo de su rancho para el consumo de su familia. Este año ese ciclo se ha roto totalmente. El campesino acabó ya con todas sus pobres reservas, se comió o vendió o se le murieron sus animales y la agricultura no le dio cosecha ni para vender ni para guardar. La mayor parte del campesinado ha quedado endeudado. No tardan en vencer las hipotecas. Y ni siquiera puede defenderse trabajando como peón porque las grandes siembras de algodón también se vinieron al suelo y muy pocos brazos obtienen trabajo.

—Yo no he visto —agregó— cuáles son las medidas que ha tomado el Gobierno para ayudar a esa gente. Se publicaron datos con cálculos en cifras de las pérdidas. Pero no es asunto de cifras sino de gente. Se publicó en un periódico que el INCEI va a importar granos y a venderlos baratos. Pero ¿con qué dinero va a comprar esos granos el campesino? —El problema no es sólo de carestía de granos sino de quiebra total del pequeño agricultor y de la familia campesina. Es desde ese punto de vista de una economía humana y familiar que el Estado debe tratar de resolverle el problema al campesino: rehacerle con créditos o con ayudas su ciclo de producción. Que el Estado asuma de alguna manera sus pérdidas. En otros países con responsabilidad social eso hacen los gobiernos. Pero para hacer eso ya debía de estarse estructurando un organismo nacional, no sólo para recabar datos, sino para llegar directamente a los damnificados. Si no se hace así, cualquier dinero que el Gobierno reciba de ayuda se va a quedar en el camino o va a llegar tarde. Porque acosado por el hambre y la usura el campesino buscará las ciudades y vendrá a engrosar los cinturones de miseria o las filas de la delincuencia.

... A medida que mi amigo agricultor me hablaba, el panelito de la mujer desesperada iba adquiriendo dimensiones nacionales. ¿Qué por-

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAG.

centaje de nuestro campesinado —sostén y sustento de Nicaragua— está siendo arrojado hacia la pobreza de solemnidad? ¿Cómo evitarlo?

Para mí lo más grave de nuestra situación es el grado de insensibilidad social que nuestro país está marcando en la precisa hora de la prueba. Nicaragua está afrontando una crisis sin paralelo en su historia, provocada por la sequía y por otros factores. Pero ¿qué se oye? —¡Gritos en el estadio!

El Estado —como el Estadio (su símbolo)— se ha convertido en una estructura cerrada que no “ve” hacia los demás sino su propio juego. El Estado-Estadio, en vez de TRAER soluciones, nos DIS-TRAE (“dis”, raíz también de disparate, significa separar, alejar. Dis-traer es apartar la atención). Todos estamos sentados en sus graderías, alucinados, alienados, mirando un campo iluminado artificialmente, mientras el otro campo, el de la realidad y del sustento, se sumerge en la noche solemne de la pobreza o de la miseria.

PABLO ANTONIO CUADRA